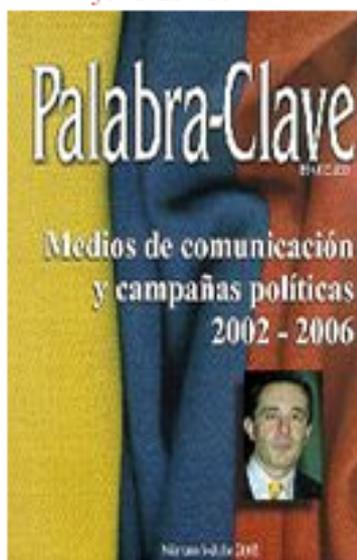




Número 6
Julio de 2002



Artículo:

Verdad, consenso y pluralismo

Autor:

Padre Euclides Eslava Gómez

Universidad de La Sabana

Facultad de Comunicación Social y Periodismo
Campus Universitario, Puente del Común- Chía

Teléfono 8615555 Ext:1907-1908

A.A:140013 Chía

<http://www.periodismo.edu.co>

Chía, Cundinamarca

Verdad, consenso y pluralismo

Pensar suele reducirse a inventar razones para dudar de lo evidente.

Nicolás Gómez Dávila (2001)

Resumen

La actitud del ser humano ante la verdad es una cuestión que se encuentra en el fondo de los problemas y desafíos de la sociedad humana. El siglo pasado, y lo que va del presente, han mostrado, de una parte, las terribles secuelas que pueden ocasionar las corrientes sociopolíticas de tipo totalitario; y por otra, las múltiples tiranías y violencias causadas por la intolerancia. Al mismo tiempo, se vislumbra el resurgir de nuevas oportunidades, basadas en el diálogo y el pluralismo, precisamente como maneras de levantarse de tan aparatosas caídas. En este artículo se estudian, de modo breve, algunas actitudes filosóficas ante el problema de la verdad y, además, dos posiciones contemporáneas: el escepticismo y el relativismo consensualista. Al final se propone —como un modo de superar los obstáculos para un humanismo cierto— un enfoque realista, que promocióne todas las capacidades humanas y que sea plural, es decir, que procure crecer en diálogo con las posiciones contrarias en la sociedad multicultural de hoy.

Euclides Eslava Gómez (Bello, Antioquia, 1969).

Doctor en Filosofía, Universidad de Navarra (Pamplona, España). Licenciado en Filosofía con Premio Extraordinario por la misma Universidad. Bachiller en Teología, Universidad de la Santa Cruz (Roma). Médico Cirujano, Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Actualmente es Director del Departamento de Teología del Instituto de Humanidades de la Universidad de La Sabana, en el cual desarrolla una línea de investigación sobre “Dignidad humana, fundamento y desafíos”. Ha publicado varios artículos sobre Antropología y Ética.

Verdad, consenso y pluralismo

Padre Euclides Eslava Gómez

1. En búsqueda de la verdad

No ha sido fácil el estudio de la verdad a lo largo de la historia. Tal esfuerzo consiste, en el fondo, en estudiar la filosofía misma, pero es imprescindible detenerse en esta averiguación para tener una idea de lo que ocurre hoy día. Desde los primeros tiempos del pensamiento filosófico, la verdad ha sido punto neurálgico a la hora de proponer diversas interpretaciones de la realidad y del modo como podemos conocerla: Platón (1992), pretendía encontrar la verdad en la adecuación de lo conocido con la memoria del mundo de las ideas, debido a que le costaba asignarle valor veritativo a la cosa en sí, sin añadirle nada a la simple realidad. Su actitud aporta el descubrir que la sola subjetividad es insuficiente para decir si un juicio es verdadero o falso, o lo que una cosa es. Esta posición será asumida por las primeras generaciones de cristianos filósofos, aunque enriquecida con el estudio de la Revelación, lo que ayudará a evitar algunos inconvenientes —no todos— y a plantear en terreno filosófico varias enseñanzas de procedencia teológica.

Aristóteles (1987) denunciará los inconvenientes de la doble vertiente platónica, al descubrir que la verdad se aprecia en la adecuación entre la inteligencia y la realidad conocida. No hace falta —según este enfoque— recurrir a esferas ajenas al proceso cognitivo: el ser humano conoce la realidad y puede descubrirla cada vez mejor. A partir de esta aportación, el Estagirita puede postular todos los principios lógicos gracias a los cuales es posible avanzar en el discurso racional y formula una propuesta que sigue siendo válida, aunque también admite ulteriores perfeccionamientos.

Tomás de Aquino (1999) heredará estas antiguas enseñanzas y las confrontará con el acervo neoplatónico adquirido a través de Agustín de Hipona. Podrá añadir entonces, a la densa metafísica aristotélica, nociones como la de Creación, ausente en el Estagirita original, pero plenamente compatible con su sistema filosófico. Para Tomás, la realidad no sólo es evidente e

indubitable, sino que ella misma es camino para demostrar la existencia del Dios que es la Verdad fontal.

Después del esplendor de lo clásico, se llega a un período de languidez metafísica, especialmente representada por Wolff, maestro de los filósofos modernos, y germen de un movimiento que pretendía en vano oscurecer la claridad del intelecto, agente observado por Aristóteles y por Tomás. El primero de estos nuevos filósofos había sido Descartes (1970), que llegó a dudar de todo, menos de su método. Por esta vía, la verdad dejó de estar en la imbricación inmaterial de lo conocido y la inteligencia, y quedó dependiendo del pensar como única certeza: se rompió el fecundo equilibrio descubierto por el Estagirita, en detrimento del componente que, por falta de defensas, era más débil: la verdad conocida, que pasó entonces a ser “objeto”.

Se perdió la convicción de que el conocimiento puede llegar a iluminar lo distinto, sin confundirse ni modificar lo que ilumina o conoce, y se abrió paso al idealismo absoluto. Berkeley (1982) afirmará que no hay objeto sin percepción, tirando por la borda el conocimiento de las esencias clásicas, que con Locke (1980) y Hume (1977) desaparecerá por completo. El tiempo llevó a creer que el recurso a la sola conciencia garantizaría el encuentro de la verdad, pero ésta no tenía relación con el mundo, sino que representaba un constructo mental, dependiente de ciertas condiciones gnoseológicas de posibilidad.

Heidegger hizo un diagnóstico certero al encontrar el problema en el olvido del ser (1991). Y es que hace falta tornar al fundamento metafísico claro, basado en aquello que es, en la realidad, sea extramental o mental. Sin recurrir a innecesarias formulaciones dogmáticas, el mundo nos atrae a una misión posible, que comporta a la vez la vocación humana a conocerle y a descubrir —cada vez mejor— lo que él es. Sin embargo, algunas corrientes contemporáneas temen acercarse aún al conocimiento como apertura a la verdad: si bien la filosofía analítica va descubriendo que el lenguaje remite a la realidad, confirmando el temor de Dostoievski de que no lograríamos quitarnos el problema de Dios mientras existiera la gramática; y aunque, por otro camino, la fenomenología intenta llegar de nuevo al conocimiento de las esencias; sin

embargo es muy grande aún la carga de sospecha que, ya desde la antigua Grecia, han despertado los escepticismos y relativismos de diverso cuño.

2. Actualidad del escepticismo y del relativismo

El resurgir de estos movimientos demuestra que la verdad no es un tema abstracto, para metafísicos puros, y desprovisto de interés para la gente del común. Lo paradójico es que tanto escépticos como relativistas intentan convencernos de la verdad fija de sus postulados: “no hay verdad” o —lo que en el fondo es igual— “todas las opciones son igualmente valederas”. Para el escéptico su postura es verdadera, y para el relativista su opinión cuenta más que la del resto. Son contradicciones en las que no incurre el realismo. Bien es cierto que hoy día no es fácil encontrar estas expresiones formuladas del modo escueto en que acabamos de hacerlo, pero gran parte del pensamiento postmoderno en el que nos hemos movido hasta ahora ha recibido su influencia.

Una exhibición de escepticismo es pensar que el hecho de creer en una verdad ha ocasionado un sinnúmero de problemas —o todos, siendo extremistas— en la historia de la humanidad. Desde la historia judía, pasando por la caída del Imperio Romano, las guerras de religión, los fascismos de distinto tipo, hasta —para actualizar la postura— los hechos del 11 de septiembre de 2001, serían ocasionados por la fe en la verdad. En realidad, sucede todo lo contrario. Los problemas de la historia —pasada o actual: baste pensar en la violencia de Oriente Medio, o en la de nuestra Patria— no se deben a un “exceso de verdad”, por decirlo de algún modo, como causa del fundamentalismo y de la intolerancia.

El problema no está en creer que existe una verdad y en que ésta se pueda defender, sino en que se tome la propia postura como definitiva e inmutable, como suficiente e incomunicable; en que no haya el verdadero amor por la verdad, que por naturaleza es inextinguible. Por eso, conviene reiterar que *el problema de nuestras sociedades radica en un déficit de verdad, en*

una falta de búsqueda, pero no en su exceso. Falta pensar menos en el grado de razón que tiene la propia postura, y abrirse al enriquecimiento que los demás pueden aportar. El conocimiento de la verdad no es un proceso estático, nunca se alcanza por completo. Es lo que tiene de apasionante: siempre se puede ir a más. Parafraseando a Agustín de Hipona, podemos decir que cuando decimos “basta” (“ya tengo la verdad”) estamos perdidos. En la situación actual, la humana capacidad de conocimiento es insaciable. Por eso no teme al diálogo sino que más bien lo busca, porque siempre puede crecer más y más, profundizando en la luz de la verdad.

Por otra parte, nos encontramos ante la globalización de la cultura contemporánea, en la que son cada vez más multiculturales las sociedades, y se nota la necesidad de un sano pluralismo, en el que se promueva el respeto por la diversidad. Pero existe el riesgo de elevar a tal grado esa actitud que se termine cayendo en el relativismo. Es cierto que, como se postula hoy día con frecuencia, no conviene ni es posible imponer a la fuerza un modo concreto de ver la vida, ya sea en el terreno cultural, político, económico o en el religioso. Según algunos autores, lo que hace falta es un convenio mínimo sobre temas básicos, en los cuales todos se encuentren de acuerdo, para evitar de ese modo la jauría de la mutua destrucción.

Sin embargo, cabe añadir que, en ese pacto social, los principios máximos de cada cultura no se deben esconder, para permitir el convenio sobre cuestiones superficiales que no pasan de ser simples apariencias de concordia. La experiencia del siglo pasado nos enseña que la verdad no puede ser fruto de estadísticas, del consenso en el cual se impone la opinión de la mayoría. Porque, como recuerda Ratzinger (2000), tampoco se trata de imponer el “fundamentalismo de la mayoría”: “es un deber de la humanidad proteger al hombre contra la dictadura de lo coyuntural convertido en absoluto y devolverle su dignidad, que justamente consiste en que ninguna instancia humana puede dominar sobre él, porque está abierto a la verdad misma”.

El consensualismo de mínimos y sus consecuencias jurídicas, éticas o políticas —tan comunes en nuestra sociedad— no constituyen progreso intelectual, en contra de lo que parece a primera vista: están llenos de limitaciones, y adolecen de esa patología que tiene como síntoma

principal la mediocridad, el temor al compromiso. El escepticismo radical, al menos, no se recata para formular lo que considera la única verdad: que la verdad no existe, ni se puede conocer. El relativismo en cambio —llámese consensualismo, positivismo jurídico o ética de mínimos— es una abdicación de la grandeza humana. Hay que tener en cuenta lo que dice Nubiola (2001): la verdad no es fruto del consenso, sino al revés: el consenso es el fruto de la verdad. Con esta actitud nos abrimos a un sano pluralismo, necesario hoy más que nunca en la sociedad multicultural.

3. Hacia un realismo multicultural

La situación actual manifiesta, por suerte, un futuro esperanzador, pues cada vez se reconoce la importancia, ya no de tolerar sino de promover la diversidad cultural, como un modo solidario de acceder al mutuo enriquecimiento en busca de la verdad. Si bien es cierto que las actitudes contrarias parecen tener más fuerza social precisamente en virtud de lo llamativa que es la cerrazón, se otean en el horizonte nuevos aires de respeto y promoción del diálogo entre las diversas culturas y modos de pensar.

Un tema concreto de este diálogo actual se da en el campo religioso, del cual han provenido en el pasado —y se continúan originando, lamentablemente— diversidad de conflictos. Un ejemplo de lo que sugerimos como actitud abierta al diálogo sin abdicar de la capacidad racional de verdad, la encontramos en la propuesta de la Declaración *Dominus Iesus*, que plantea al mismo tiempo dos nociones totalmente compatibles entre sí: de un lado, la convicción de que es posible conocer la verdad ya no sólo desde la filosofía, como hemos estudiado hasta ahora, sino también establecer una relación con Aquél que es Origen de toda verdad; por otra parte, el respeto y veneración por todas las actitudes religiosas de la persona humana, desde el cristianismo no católico hasta las religiones ancestrales de las diversas culturas.

Quizá antes de terminar convenga retomar uno de los aportes más valiosos en la historia de nuestro tema, como una guía válida para proponer alternativas en las condiciones actuales: la apuesta que hizo Aristóteles por la amplia capacidad iluminadora de nuestro intelecto, y por la capacidad veritativa que tienen el ser humano y la realidad extramental. Confió en el ser humano y con sus propuestas le animó a avanzar siempre más. No experimentó temor, ni dudó

al respecto, ni cambió lo que encontraba como verdadero, aunque las mayorías de entonces pensarán lo contrario. *No buscó una verdad por estadísticas o por consenso*, sino que prefirió dejarse cautivar por la realidad y trató de conocerla hasta el fondo, pues consideraba que su intelecto era capaz de alcanzarla, y que ella era susceptible de un estudio cada vez más intenso.

Basados en su realismo, podemos encontrar un camino que no es el de la mitad, el políticamente correcto, para dejar a todos contentos al darle a cada uno un poco de lo suyo. Si confiamos en la capacidad de cada ser humano y de cada cultura para acceder a la verdad, hemos de respetar las diversas formulaciones que la creatividad inteligente puede concebir. Es más: el respeto y la tolerancia son palabras que se quedan cortas. Quienes las proponen hacen bien sin duda, pero pueden llegar más lejos ejercitando una virtud que es muy importante, también desde el punto de vista gnoseológico: la magnanimidad, que lleva a pensar en el ser humano como una persona capaz de logros cada vez mayores, siempre en búsqueda de la excelencia.

Y la persona magnánima no se contenta con “tolerar” a la que piensa distinto, sino que trata de acompañarla en el avance intelectual y, sobre todo, en el crecimiento que comporta la dignidad humana. El acuerdo básico no será entonces sobre los mínimos aceptables —muy poco, para quien piensa en grande—, sino sobre las máximas exigencias que conlleva la búsqueda de la verdad que es inherente a todo ser humano.

Bibliografía

ARISTOTELES. 1987. *Metafísica*. Madrid: Gredos.

BERKELEY G. 1982. *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Madrid: Gredos.

DESCARTES, René. 1970. *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Espasa-Calpe.

GÓMEZ DÁVILA, Nicolás. 2001. *Escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas editores.

HEIDEGGER M. 1991. *Ser y tiempo*. Buenos Aires: F.C.E.

- HUME D. 1977. *Tratado sobre la naturaleza humana*. Madrid: Editora Nacional.
- LOCKE J. 1980. *Ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editora Nacional.
- NUBIOLA J. 2001. "Pragmatismo y relativismo: una defensa del pluralismo". En *Nuestro Tiempo No. 559-560*, pp. 103-110.
- PLATÓN. 1992. *Gorgias*. En: *Diálogos*. Madrid:Gredos, 1a ed., 2a reimp.
- RATZINGER J. 2000. *Fe, verdad y cultura*. Conferencia dictada en Madrid el 16-II-2000. Disponible en <http://www.interrogantes.net/articulos/ratzinger/000216.htm>.
- TOMÁS DE AQUINO. 1999. *La verdad y la falsedad*. Pamplona: Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie universitaria, No. 19.